

EVTUCHE

ARREPENTIMIENTO ANUNCIA POETA RUSO EVTUSHENKO

Va a Redimirse con el Trabajo y en Contacto con las Masas Obreras

Khrushchev lo Criticó

El poeta soviético...
El título de la juventud...
Va a redimirse con el trabajo...
En contacto con las masas obreras...

ROMANTICO DEL COMUNISMO

“Una revolución espiritual extremadamente compleja, y que exige enorme paciencia y tensión, se está obrando en nuestro país desde la muerte de Stalin en 1953. Debemos plantearnos con toda claridad qué es lo bueno del pasado que podemos guardar para llevarlo en nuestro viaje hacia el futuro y qué es lo que debemos dejar atrás abandonándolo al pasado” (1).

Así concluye la cincuentena de breves páginas de su autobiografía el joven poeta ruso Eugenio Evtuchenco.

Y ha resultado ser la autobiografía del escándalo.

Desde la publicación de su poema “La Estación de Zima”, en 1954, hasta el más reciente “Baby Jar”, impreso en la Literaturnaja Gazeta de Moscú, Evtuchenco había pensado, escrito y declamado en público con aparente libertad.

Pero fueron interceptadas, al serle devueltas a Rusia por correo, estas páginas originales en las que narraba sus recuerdos e impresiones autobiográficas

redactadas al visitar París y a petición del semanario L'Express, donde vieron la luz.

El 8 de marzo pasado, Nikita Khrushchev subió a la tribuna del Soviet Supremo para anunciar enfáticamente:

“Soy un hombre pragmático, y he abolido cierta rigidez del stalinismo que obscurecía nuestra vida. Los intelectuales han aprovechado la ocasión para criticar algunas injusticias de la época pasada, y eso está muy bien. Pero esta vez han ido demasiado lejos. Comienzan a ponerlo todo en tela de juicio y a inmiscuirse en cosas que no les corresponden. Esto no lo permitiré.”

El epílogo triste al que nos tienen ya acostumbrados los comunistas rusos apareció pronto en el diario oficial Pravda: Evtuchenco, el ahora desviacionista, hacía confesión de culpa por el “dudoso contenido” de sus escritos.

Ojalá no sea en verdad un epílogo.

POETA DE LA JUSTICIA

Creemos que no pueda ser apagado el sagrado fuego del poeta tan gráficamente expresado por él mismo con estas palabras:

"Quisiera ser el muchacho que vagabundea por el mundo cantando sus canciones provocativas e invitando a los hombres a luchar por la justicia" (2).

Mecido en su cuna por el romanticismo circundante, Evtuchenco nació a orillas del lago Baikal en la aldea siberiana de Zima y de una familia que le legó en herencia la convicción de ser para siempre mitad campesino y mitad intelectual.

De la biblioteca de su padre tomó prestados los que fueron desde los ocho años de su existencia —y por propio testimonio— sus prematuros libros de texto: las obras de Dumas, Flaubert, Balzac, Maupassant, Tolstoi, Schiller, Bocaccio, Cervantes, Shakespeare y Wells.

Formación floreada y honda a la vez, de la que no percibirá en un principio sino la fascinación por lo pulido de la forma. Escribirá:

"El lenguaje es como la nieve: en la ciudad está siempre cubierto por el polvo y el humo de las fábricas; en el campo y en los bosques, en cambio, el lenguaje permanece totalmente blanco" (3).

Poeta tradicional primero, que en un cuaderno de secretes juveniles va reuniendo casi diez mil rimas nuevas que serán más tarde llamadas por sus críticos "rimas evtuchenkianas". Se mantiene insobornable ante la pretensión de aquellos poetas occidentales para quienes las rimas eran cosa superada. "Actuando así —dice el inspirado adolescente— matan una de las cualidades más preciosas de la poesía: su musicalidad."

De ese su mundo de las estrellas "demasiado altas" lo va a sacar un sacudimiento trágico: la guerra.

Ese traumatismo será el que lo madure.

"En mi opinión, la palabra paz no tiene un significado concreto sino para aquellos que saben lo que es la guerra. Por eso, si de algo le estoy agradecido a la guerra, es por haberme enseñado lo que significa la palabra paz.

"Otra cosa agradezco a la guerra: el haberme hecho comprender qué cosa es la patria. Durante la guerra comprendí, en efecto, que la patria no es un término geográfico o literario, sino la imagen de los hombres que viven juntos a uno mismo... Para mí el mundo está compuesto de dos únicas naciones: la de los hombres buenos y la de los hombres malvados. Yo me declaro por la patria internacional de los hombres buenos" (4).

Es la hora del rompimiento para el poeta con esa producción literaria "que se queda en susurro de bosque y no guía a nadie a ninguna parte", como se lo expresará en pensar unísono años más tarde otro compatriota y literato muy de gusto suyo, Boris Pasternak.

"Sentí que ya no tenía derecho a seguir cultivando el jardín japonés de la poesía personal. Hablar de la naturaleza y de las mujeres y de los propios afectos, mientras la gente en

mi derredor era oprimida, me pareció inmoral" (5).

Teoriza entonces de un modo violentamente sincero y existencial para acusarse de haber olvidado, y con él otros muchos, la pregunta esencial que justifica el trabajo literario: si las obras en cuestión son o no son útiles a alguien.

Es sobre todo cuando cae muerto el tirano, que parece escuchar voces:

"Los jóvenes empezaron a poner en duda no sólo a Stalin, sino a todo el pasado soviético. Pero la verdad, los jóvenes no la encontraban ni en los diarios ni en la radio ni en la vida del país. Por ello, dándose cuenta de que estaban siendo superados por los acontecimientos, los jóvenes comenzaron a esperar de la literatura y de los artistas la revelación de aquella verdad" (6).

COMBATIENTE POR LA VERDAD

Evtuchenco logró realizar la síntesis entre aquello que desde niño lo había amantado y su confirmada vocación de romántico.

Reconoce en su autobiografía que "la revolución era la religión de mi familia". Ahora, cuando alcanza la mayoría de edad, ese espíritu aflora en la fibra de sus versos para definirse: "La palabra poeta es sinónimo de combatiente."

Miró a Rusia.

A pesar de los pesares, Rusia la tierra inmensamente amada por los rusos. Porque, como escribe Evtuchenco, del mismo modo que las madres aman más a aquellos hijos que con más dolor han engendrado, "un pueblo que ha pagado con su sangre y con sus lágrimas la obtención de un ideal, ama a este ideal de una manera más intensa".

Describe a sus coterráneos defraudados, y reflexión dramáticamente: "Parece que la justicia siempre llegase retrasada."

Denuncia que en su niñez el costo de un cuaderno escolar valía tanto como un kilo de manteca. Que Malenkov prometía pan y helados para llenar los estómagos, y hasta ropas nuevas, "pero ¿para ir a dónde?" Que en el país donde fueron destronados los privilegios, conseguir un boleto para la exposición de Picasso fuese "más difícil que ganar un automóvil en la lotería".

Cuesta poco identificar en los escritos de este poeta de la verdad el "demasiado lejos" a que están llegando, según Khrushchev, la actual generación de "jóvenes iracundos".

Evtuchenco analiza:

"La mayoría de los rusos se rehusaba a mirar de cara la realidad. El pueblo prefería trabajar en vez de reflexionar sobre su situación... (7). El día en que Stalin fue enterrado marcó un cambio en nuestras vidas. Supimos que ya no había nadie que pensase por nosotros. Aunque yo empecé a dudar de que antes alguien hubiese pensado por nosotros" (8).

Escritor sin miedo, iba a ser difícil se contuviese quien declaró pronto la repugnancia que le producían tanto los cínicos que "miran la historia desde lo alto

de su suficiencia sin ningún respeto por la heroica fatiga de un pueblo", como los dogmáticos cuya mayoría "prefiere las bellas palabras únicamente para esconder sus aviesos intereses personales".

Infligir semejantes latigazos y adjudicarse la misión de ser el revisionista no oficial es labor más que aventurada en el mundo soviético. Pero Evtuchenco prosiguió esa tarea sin la más mínima vacilación, dado su convencimiento de que era una característica vital del marxismo "no estar definitivamente formado, puesto que el verdadero marxismo se reforma incesantemente".

Evtuchenco, el romántico, no se resignaba al engaño de lo que él llama "el optimismo gubernamental de rigor en todas partes".

"Pues una vida sin ideales es inmensamente triste. El pan no sabe remplazar los ideales; el ideal sí sabe remplazar el pan" (9).

Incorregible, contrasta la pureza de sus propios ideales —"comunismo y desinterés para mí son sinónimos"— con el torcido mundo de los intereses creados que pululan en su derredor:

"Poco a poco he comprendido que no todos aquellos que se llaman comunistas y que citan siempre a Stalin y a Lenin, son realmente comunistas. Para esta gente, llevar en el bolsillo el carnet del Partido no tiene nada que ver con sus convicciones ideológicas. Es simplemente su manera de vivir" (10).

Sacude Evtuchenco el polvo de sus sandalias contra quienes lo acusan, a él y a otros como Vozniessenski, de ser productos de la corrupción de la juventud a causa de la influencia burguesa. "Oscura doctrina sociológica fabricada por los dogmáticos", es el calificativo que le merece esta interpretación tan de moda en Rusia.

Mucho más profundo en su afán que la superficialidad de que dan muestras sus acusadores, le preocupa la necesidad de detener un cataclismo a ratos inminente para sus coetáneos.

En la pronunciada actitud de los que son jóvenes como él, Evtuchenco presiente que "de la fe ciega a la incredulidad completa el paso es corto", y es testigo de que algunos están a punto de dar ese paso:

"Una tarde de 1954, mientras estábamos discutiendo sobre poesía en medio de un grupo de estudiantes, una muchacha de dieciocho años, con la voz cansada de una mujer de sesenta, dijo: la revolución ha muerto" (11).

El diagnóstico del poeta es otro: la revolución está enferma. Pero no por endemia propia, sino porque, como lo pone en labios de un bolchevique de cabellos grises y admirador de su poema "Baby Jar": "La revolución la hicimos nosotros hace tiempo, y luego la traicionamos."

Esquematiza lo sucedido:

"Stalin fue precisamente todo lo contrario de Lenin. La base del pensamiento del fundador de la República Soviética puede resumirse en una máxima: el Comunismo al servicio de los hombres. La convicción de Stalin era, en cambio, todo lo contrario: todos los hombres deben estar al servicio del Comunismo" (12).

No se puede pedir mayor prueba de la ortodoxia de Evtuchenco. Sigue creyendo firmemente en la bondad mesiánica del verdadero comunismo.

Guiar quiere en esa dirección a "Rusia entera, que desde el Báltico al Océano Pacífico se ha replegado en sí misma y está buscando el camino".

Pero eso lo hará pensando de por sí; que por enamorado del colectivismo, no deje de ser existencialmente humano.

Es su anhelo:

"Quiero que mi poesía exprese la vida de los otros, sin que por esto deba yo renegar de la mía" (13).

Así, leyendo a Evtuchenco —el romántico del Comunismo— quienes lo leemos esperanzados, vemos comprobada la advertencia de otro pensador, en sintonía también aunque desde un ángulo bien distinto con este gran despertar contemporáneo hacia el advenimiento de lo colectivo, el jesuita Padre Tailhard de Chardin, quien profetizó:

"La primera ola de servitud, de nivelaciones, de fealdades y catástrofes que acompañan la subida de lo colectivo, va a golpearnos en el rostro" (14).

ALBERTO ANCIZAR MENDOZA, S. J.

- (1) Evtuchenco, E., "Autobiografía", capítulo 5.
- (2) Op. cit., cap. 1.
- (3) Op. cit., cap. 1.
- (4) Op. cit., cap. 1.
- (5) Op. cit., cap. 4.
- (6) Op. cit., cap. 4.
- (7) Op. cit., cap. 1.
- (8) Op. cit., cap. 3.
- (9) Op. cit., cap. 2.
- (10) Op. cit., cap. 4.
- (11) Op. cit., cap. 4.
- (12) Op. cit., cap. 3.
- (13) Op. cit., cap. 1.
- (14) Carta al Abate Breull.